

**LA RETÓRICA POLÍTICA VENEZOLANA  
COMO RETÓRICA DE LAS FORMAS  
EN LA OBRA DE LUIS CASTRO LEIVA**

**Arturo Serrano(\*)**

Desde sus comienzos en el siglo V antes de Cristo hasta hoy en día la retórica ha sufrido grandes cambios, tanto en aquello que define su quehacer como en la concepción que acerca de ella tiene su público. Su suerte ha sido variada y ha ido desde la aclamación casi unánime de la época antigua y parte del Medioevo al considerarla como una de las disciplinas más importantes, pasando por la época moderna, donde con sus ánimos cientificistas y obsesión con la certeza se la descartaba como mera ilusión y su influencia era considerada como perniciosa, hasta llegar al rescate que hacen filósofos como Perelman reclamando para ella la posibilidad de servir de ayuda en las cuestiones más importantes que ocupan al ser humano, como es el caso de los valores.

En la obra de Luis Castro Leiva la retórica no recibe un muy buen trato, y a la hora de definir su propósito le asigna cinco posibles acciones. Se limita a indicar que a la hora de hablar de retórica solo nos podemos estar refiriendo a una manera de: a) hablar bonito, b) decir vaciedades, c) engañar, d) manipular, o finalmente e) emocionar o conmocionar<sup>1</sup>. Como se puede ver, para el autor que nos ocupa la retórica solo puede servir para dos cosas: hacer pasar como verdadero algo que es falso o emocionarnos con la creación de algo bello.

Esta concepción puede sorprender ya que ignora casi por completo los aportes que, para rescatar a la retórica de una visión tan destructiva y darle su justo

---

\* Arturo Serrano es licenciado en filosofía y doctorando en Humanities and Cultural Studies de la Universidad de Londres. Trabaja en la Universidad Católica Andrés Bello donde es profesor en las escuelas de Filosofía ("Teoría de la argumentación") y Comunicación Social ("Historia del cine") e investigador en el Centro de Investigación y Formación Humanística.

1. Luis Castro Leiva, "La retórica del porvenir o el sueño de la razón" en: Luis Castro Leiva, *De la patria boba a la teología bolivariana* (Caracas: Monte Ávila Editores, 1991), p. 216.

puesto, hicieron Perelman y Olbrechts-Tyteca a partir de los años sesenta. Estos autores se alejaron de esa visión que convertía a la disciplina que tratamos en una herramienta que solo logra placer estético o como arma de aquel que desea manipular. Visión esta que convierte a la retórica en una mera rama de las artes y que, como parte de la bella arte literatura (y nunca de la filosofía), solo busca complacernos y apelar no a nuestra razón, sino a nuestro gusto.

Aunque en principio pareciera que la visión de Castro Leiva es anacrónica al ignorar estos últimos desarrollos del estado del arte, quisiera argumentar aquí cómo al restringir sus afirmaciones a la retórica política venezolana estas son, en esencia, verdaderas. La figura de Bolívar y ese peculiar constructo intelectual que se da en llamar “el pensamiento de Bolívar”<sup>2</sup> han invadido de tal manera la retórica política venezolana que esta ha sido condenada a ser una disciplina que, como apunta el propio Castro Leiva, se encuentra “fossilizada” en el siglo XIX<sup>3</sup>.

Para mostrar esto se procederá de la siguiente manera. Primero haremos un breve recuento histórico de la retórica para explicar las diferencias entre una retórica de los contenidos y una retórica de las formas y que es la concepción que la entiende como una de las bellas artes. Luego se mostrará cómo la retórica política venezolana es, esencialmente, una retórica bolivariana donde la figura de Bolívar y su pensamiento llegan al punto de convertirse en los únicos temas a ser discutidos. Y cuando nos referimos a la omnipresencia de Bolívar como tema, nos referimos al hecho de que no es solo una figura que se evoca para adular en fiestas patrias y actos de Colegio, sino que está presente en el discurso político venezolano al avanzar y proyectarse hacia el futuro viendo en Bolívar y en su proyecto el único proyecto valedero de país, por lo que todos los proyectos políticos existentes se evalúan en tanto y en cuanto se parezcan o no al de Bolívar.

Una vez que hayamos mostrado esto se procederá a explicar por dos vías cómo esto significa que la retórica política venezolana es una retórica anclada en el siglo XIX como retórica que emociona y no retórica que convence. **Primero** se mostrará cómo el hecho de convertir a Bolívar en figura central ha vaciado a la retórica política de contenido, convirtiéndola en una retórica que solo se

---

2. Cuando hablamos del “pensamiento de Bolívar”, más que hablar del conjunto de pensamientos tal como son expresados en sus discursos, cartas y escritos en general, nos referimos a lo que la historiografía y filosofía política ha construido a partir de esos escritos y que, según Castro Leiva, “no es, en ese estado, uno que alguna vez haya podido ser el de alguien, menos el de Simón Bolívar”. Luis Castro Leiva, “Para pensar a Bolívar” en *Revista Nacional de Cultura* (Caracas, Enero-Marzo, 1990), p. 37.

3. Luis Castro Leiva, “La retórica del porvenir o el sueño de la razón” en: Luis Castro Leiva, *De la patria boba*, p. 217.

ocupa de las formas de emocionar. **Segundo** veremos cómo para Castro Leiva la omnipresencia de Bolívar significa que se hace imposible el pensar sobre Bolívar o sobre su pensamiento como un acto racional. Se mostrará que el pensar a Bolívar es un acto emocional que se asemeja más, ahora sí, a la estética y a las artes que a la reflexión tal como la entiende la historia o la política. Después que se muestre esto la conclusión se hará obvia: la retórica política venezolana, mientras no se aparte de la figura de Bolívar como Rector de nuestros pensamientos, está condenada a permanecer en el siglo XIX convirtiéndose de esa manera en una Retórica del “hablar bonito”.

Como ya dijimos, la retórica nace aproximadamente en el siglo V antes de Cristo en Grecia. Al convertir el foro en el centro donde se “realiza” la política y donde se toman las decisiones que afectan a todos, el habla persuasiva se convierte en una herramienta importante. Es así como se escriben los primeros tratados sobre el arte de persuadir. La retórica es, desde entonces, la disciplina que se encarga de las maneras de persuadir o convencer a uno o a muchos.

Ya desde los primeros tratados escritos sobre el tema se hace una pregunta cuya respuesta definirá la manera en la que es vista esta disciplina. ¿La retórica es una mera repetición mecánica de reglas que por sí solas logran el acuerdo por lo tanto **atendiendo solo a las formas**, o son necesarios el conocimiento de los temas sobre los que se discute así como una especial atención sobre la verdad para poder convencer a alguien? Ya Platón en el *Gorgias* critica la visión sofística que ve en la retórica un arte (una *tejne*) que por sí solo, sin atender a los contenidos o a su verdad puede lograr el acuerdo. En un diálogo entre Sócrates y Gorgias se resume la esencia de la discusión:

SOC ...¿Afirmas que eres capaz de enseñar la retórica al que quiera ser tu discípulo?

GOR Sí.

SOC ¿De manera que **sobre todos los objetos produzca convicción en la multitud, persuadiéndola sin instruirla?**

GOR Exactamente.

SOC Decías hace un momento que incluso sobre la salud el orador será más persuasivo que el médico.

GOR Sí que lo decía, pero solo ante la multitud.

SOC Decir ante la multitud, ¿no es decir ante los ignorantes? Pues, sin duda, ante los que saben no puede ser el orador más persuasivo que el médico.

GOR Es verdad.

SOC Y si es más persuasivo que el médico resulta más persuasivo que el que sabe.

GOR Así es.

- SOC *Sin ser médico, ¿no es cierto?*  
 GOR *Sí*  
 SOC *El que no es médico es ignorante, y el médico sabe.*  
 GOR *Es evidente.*  
 SOC *Luego ante ignorantes el que no sabe será más persuasivo que el que sabe, puesto que el orador aventaja al médico. ¿Resulta esto o no?*  
 GOR *En este caso, al menos, sí resulta.*  
 SOC *Y respecto de todas las otras artes, se encuentra en la misma situación el orador y la retórica. No necesita conocer los objetos en sí mismos, sino haber inventado cierto procedimiento de persuasión que, ante los ignorantes, le haga parecer más sabio que los que realmente saben.*  
 GOR *¿Y no es una gran comodidad, Sócrates, que, sin aprender las demás artes, con ésta sola el orador no resulte inferior a los que profesan?<sup>4</sup>*

La posición de Gorgias refleja esa concepción de la retórica como disciplina que, por sí sola, logra el acuerdo. Atendiendo solo a las formas, sin cuidado alguno por los contenidos o su verdad o falsedad, se podría lograr el acuerdo. Contra las escandalosas consecuencias de esta visión escribe Platón su diálogo y, aunque no llegue a ninguna conclusión definitiva con respecto al tema, deja claro su rechazo por una disciplina que considera manipuladora y perniciosa.

Ante esto reacciona Aristóteles quien, si bien concuerda con Platón en el diagnóstico, llega a la conclusión de que solo debe ser rechazada la retórica de las formas en pos de una retórica que atiende a los contenidos y a sus verdades. Es así como su tratado *Retórica* no solo se ocupa de las formas para lograr el acuerdo, sino que va más allá incluyendo algunos apartados sobre ética y política donde discute sobre la justicia, asunto antes ajeno a la retórica.

En estas dos posiciones (la sofista y la aristotélica) se define ya una oposición que se encuentra en el centro del tema que nos ocupa. La oposición entre una retórica de las formas y una retórica de los contenidos.

La historia de la retórica desde los romanos hasta el final de la Edad Media será un lento proceso que llevará a la retórica a olvidar su compromiso con los contenidos y la verdad para poco a poco convertirse en una disciplina que deja de pertenecer a la filosofía para pasar a las artes. Al ocuparse tan solo de las formas la única preocupación de la retórica será producir placer en los oyentes. Pero este proceso llega a su etapa crítica en la Edad Moderna.

---

4. Platón, *Gorgias*, 459<sup>a-c</sup> (Madrid: Editorial Gredos, 1983), p. 41-42.

Al llegar A Descartes y al comienzo de la Edad Moderna la certeza absoluta se convierte en criterio de verdad, y es así como la retórica pierde fuerza.

*Fue Descartes quien, haciendo de la evidencia el signo de la razón, sólo quiso considerar racionales las demostraciones que, partiendo de ideas claras y distintas, propagaban, con ayuda de pruebas apodícticas, la evidencia de los axiomas a todos los teoremas.<sup>5</sup>*

Si la retórica se ocupa de convencer, entonces tenemos que aquello que pertenece a lo completamente contingente o a lo absolutamente necesario no puede ser objeto de la retórica. Esta solo se ocupará de lo posible. Solo puedo convencer de aquello que el otro duda o de aquello sobre lo que el otro no tiene una certeza absoluta. Como afirma Paul Ricoeur, la retórica puede ser definida según

*...el papel desempeñado por la argumentación, es decir, por un modo de razonamiento que se sitúa a medio camino entre la obligación de lo necesario y la arbitrariedad de lo contingente. Entre la prueba y el sofisma reina el razonamiento probable.<sup>6</sup>*

Por lo que al usar esta certeza absoluta como criterio único de verdad y racionalidad, la retórica se convierte en una disciplina lúdica que solo sirve para emocionar al otro “hablando bonito”.

La retórica es así circunscrita a las artes, lugar donde permaneció por algunos siglos. A comienzos de los años sesenta Chaim Perelman y Olbrechts-Tyteca<sup>7</sup> comienzan a publicar algunos artículos y libros donde proponen un rescate de la retórica para convertirla de nuevo en una disciplina filosófica, cosa que logran con bastante éxito. Este éxito puede constatarse en la larga bibliografía que hay con respecto al tema o en el impacto que este rescate ha tenido en las obras de filósofos como Jürgen Habermas. Pero ese no es nuestro tema.

---

5. Ch. Perelman y L. Olbrechts-Tyteca, *Tratado de la argumentación: la nueva retórica* (Madrid: Editorial Gredos, 1989), p. 31.

6. Paul Ricoeur, “Poética, retórica y hermenéutica” en: Mario J. Valdés y otros, *Con Paul Ricoeur: indagaciones hermenéuticas* (Caracas: Monte Ávila Editores, 2000), p. 125.

7. Para obtener una visión integral de la propuesta de Perelman pueden leerse: Chaim Perelman, *El imperio retórico: retórica y argumentación* (Bogotá: Editorial Norma, 1997) y que en palabras del propio Perelman tiene todas las virtudes y pocos de los defectos de su más largo e importante trabajo Chaim Perelman y Olbrechts-Tyteca, *Tratado de la argumentación*.

### La retórica política venezolana como retórica bolivariana

Por su evidencia, para cualquier venezolano sería una pérdida de tiempo demostrar que la retórica política en Venezuela es, esencialmente, una retórica acerca de Simón Bolívar. Todos los políticos se autodefinen como bolivarianos y extienden esta definición a sus proyectos. Todo proyecto político en Venezuela que pretenda convencer debe proclamarse como heredero del pensamiento de Simón Bolívar. Esto llega al punto de identificarse la nacionalidad venezolana con lo bolivariano. Como indica Castro Leiva, ser venezolano es ser bolivariano.

Tal vez la única etapa en la que Bolívar no es la referencia obligada en lo que a política se refiere es en los comienzos de la tercera república cuando, al separarnos de la Gran Colombia en el año 1930, se le condena al exilio. Pero esto duró poco, y una de las personas que participó en la decisión de enviar a Bolívar al exilio en 1830 es la misma que gobierna Venezuela cuando se ordena la repatriación de sus restos a Venezuela en 1842.

*...si bien su poder [el de Bolívar] como guía de la sociedad declinó hasta el punto de perderse en un descrédito inimaginable, fue tan solo para cambiar de condición y resurgir despojado de lo contingente, convertido en la pura imagen del Padre de la Patria, rector prestigioso e indiscutible, juzgado capaz de realizar eternamente la misma misión que le condujo, en vida, al fracaso.<sup>8</sup>*

La figura de Bolívar era ese elemento aglutinante que lograría la unión de los venezolanos después del desastre económico y personal que para muchos (casi todos) había significado la independencia. Fue así como “el prestigio de Páez creció a la sombra del de Bolívar”<sup>9</sup>.

Desde que regresan a Venezuela los restos de Bolívar el culto a esta figura se convertirá en una constante y la presencia de su pensamiento como único pensamiento político valedero para este país, y de su proyecto de país (o sus proyectos de país) como el único proyecto valedero será la marca que signe a la retórica política bolivariana. Esta admiración llega hasta el punto de que para muchos el proyecto de Bolívar y su pensamiento no solo es el mejor que podríamos tener, sino que en cierta manera es aquel que estamos predestinados a tener y con el que realmente seremos un país. En cierta medida pareciera que la historia se

---

8. Germán Carrera Damas, *El culto a Bolívar* (Caracas: Alfa Grupo Editorial, 2003), p. 118.

9. *Ibidem*, p. 49.

detuvo justo después de la Independencia y que todo lo que hemos vivido hasta ahora no son sino experimentos fallidos que no hacen sino confirmar el hecho de que el proyecto de país “verdadero” es el de Bolívar. Como afirma Carrera Damas, “habíase exaltado tanto la gesta heroica de la emancipación que todo cuanto le había sucedido parecía mezquino, ridículo, pequeño.”<sup>10</sup>

Esto lo muestra claramente Elías Pino Iturrieta en su libro *El divino Bolívar*<sup>(11)</sup>, cuando habla de las posiciones que ven “el diluvio después del tránsito del héroe”<sup>(12)</sup>. En este libro Pino afirma:

*La imagen formada por la historiografía sobre el siglo XIX está saturada de matices oscuros. Las interpretaciones usuales ven un eclipse después de 1830. Para el sentimiento más común las hazañas de los libertadores se malogran cuando desaparece Colombia en medio de un teatro manipulado por personajes menores. Los grandes manuales machacan sobre el desafortunado cauce que toman las cosas al fundarse el Estado nacional. En cualquier discurso de rutina se buscan en el lapso, desde el gobierno fundacional de José Antonio Páez (1830) hasta la administración del presidente Ignacio Andrade (1899), ejemplos de desatinos y tropelías... Tal vez no estemos solamente frente a unas apreciaciones profesionales que merecen rebatimiento, sino también ante ópticas capaces de alimentar la frustración que puede desarrollar un pueblo a quien se presenta como incapaz de continuar el plan del Padre arquetípico.<sup>13</sup>*

Si la frustración es o no el origen de esta visión es indiferente. Se mantiene el hecho de que el proyecto bolivariano DEBE ser seguido, y aquí el debe no se refiere simplemente a una posibilidad moral, sino a una necesidad al estilo de los Diez Mandamientos.

Uno de tantos ejemplos de esto es lo que nos dice Don Augusto Mijares, cuando afirma:

*... ya no debemos ver a Bolívar y a la emancipación como acontecimientos puramente históricos; Bolívar y la emancipación nos recla-*

10. Ibidem, p. 178.

11. Elías Pino Iturrieta, *El divino Bolívar* (Madrid: Catarata, 2003). Ver el capítulo titulado “Los tiempos del derrumbe” (pp. 148-155), donde se expone este punto con mayor claridad.

12. Ibidem, p. 148.

13. Ibidem, pp. 148-149.

*man que ellos iniciaron un proceso, un proyecto, que nosotros estamos en el deber de proseguir y concluir.*<sup>14</sup>

He aquí que si efectivamente como venezolanos somos inmediatamente bolivarianos, y si Bolívar nos dejó un increíble legado que se traduce en un proyecto de país entonces ¿para qué pensar? ¿Qué sentido tendría usar la razón para imaginarnos un país si ya todo fue imaginado por el Padre de la Patria? Nuestra labor como venezolanos no es pensar a Venezuela, sino seguir lo que ya fue pensado por nosotros. Pero analicemos esto con más cuidado y veamos qué consecuencias tiene para el punto que nos ocupa.

### **Retórica política venezolana como retórica de las formas**

#### ***Una retórica vacía de contenidos***

Si Bolívar y su pensamiento o proyecto son aquellos a los que estamos predestinados y si el único país posible es el país que pensó Bolívar, entonces solo queda la posibilidad de seguir ese pensamiento. Cualquier otra cosa sería, en cierta medida, traición a la patria. Cualquiera que se atreva a formular un proyecto de país distinto al de Bolívar no es sino un traidor que considera que puede superar al Padre de la Patria. Y es así como nos podemos preguntar, ¿merece la pena pensar sobre política en Venezuela si todo ha sido pensado ya por Bolívar? Y si es así, ¿qué sentido podría tener la retórica política en Venezuela si no es el de alabar a Bolívar por la certeza de sus pensamientos y agradecer a Dios por habérselo enviado?

La retórica política venezolana, imbuida de la figura de Bolívar se ha convertido en una retórica de las formas de cómo alabar al Libertador y se ha alejado de la posibilidad de convertirse en una retórica de los contenidos.

#### ***Bolívar como objeto de gusto***

Esta omnipresencia y consagración de Bolívar y su pensamiento tienen otra consecuencia importante. Castro Leiva afirma, en su artículo de 1989 “Para pensar a Bolívar”<sup>(15)</sup>, que debido a los vínculos afectivos que nos unen al Libertador

---

14. Augusto Mijares, “Ideología de la revolución emancipadora” en: Augusto Mijares, *Obras Completas. Tomo II. La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana* (Caracas: Monte Ávila Editores, 1998), p. 232.

15. Luis Castro Leiva, “Para pensar a Bolívar”, pp. 33-42.



se hace imposible pensar acerca de Bolívar o acerca de su pensamiento. Todas aquellas condiciones que hacen posible ese acto intelectual llamado “pensar” o “reflexionar” están lejos del venezolano, quien se encuentra demasiado cerca afectivamente del objeto de su estudio.

*...dada la manera e intensidad de la afectividad que nos habita cuando decimos que reflexionamos sobre su pensamiento creemos vivir de la simbiosis del amor o el odio que le profesamos o le hemos profesado... el “pensamiento de Bolívar” nada en la confusión producida por dos pasiones republicanas básicas: el amor y el odio... la evocación de Bolívar, que pretende pasar por “reflexión” sobre o de su pensamiento, ha sido más un asunto de “padecimiento” que de discernimiento. En palabras simples, reflexionar sobre Bolívar equivale o es idéntico a sufrir con él, en él y para él.<sup>16</sup>*

Las consecuencias que tienen estas afirmaciones dicen mucho acerca de qué tipo de actividad realizamos cuando nuestro pensamiento se ocupa de Bolívar. La respuesta de Castro Leiva a este problema es contundente y será el punto que nos de pie para mostrar como la reflexión sobre Bolívar no es tal, sino que más bien debe ser considerada como un juicio estético que se aleja del entendimiento y se acerca a otras capacidades intelectuales como lo son la imaginación (con la que proyecta a Bolívar y su pensamiento hacia el futuro) o el sentimiento de placer o displacer (y que corresponderían a los sentimientos de amor u odio respectivamente). Nos dice Castro Leiva:

*...es entonces la estructura y modo de nuestra propia afectividad lo que de hecho reflexionamos cuando pretendemos reflexionar sobre Bolívar. Dicho de otra forma, hemos aprendido a proyectar el procesamiento afectivo de nuestras propias impresiones, esto es, nuestros sentimientos, atribuyéndoselos a lo que suponemos dice la **escritura de Bolívar**.<sup>17</sup>*

Así tenemos que cuando Bolívar ocupa nuestro pensamiento no nos estamos refiriendo a Bolívar, sino a nosotros mismos a través de la imaginación. Quisiera ahora explicar por qué podemos decir que esto es un juicio estético y nunca una reflexión que procede del entendimiento.

---

16. Ibidem, p. 39.

17. Ibidem, p. 40. Negritas en el original.

Cuando Kant hace uno de los primeros intentos sistemáticos de desarrollar una teoría filosófica acerca del gusto y de lo bello<sup>18</sup>, afirma que

*Para discernir si algo es bello o no lo es, no referimos la representación por medio del entendimiento al objeto, con fines de conocimiento, sino por medio de la imaginación al sujeto y al sentimiento de placer o displacer de éste. El juicio de justo no es, entonces, un juicio de conocimiento y, por consiguiente, tampoco lógico, sino estético; se entiende por éste aquel cuyo fundamento de determinación no puede ser de otro modo sino subjetivo.*<sup>19</sup>

Esto quiere decir que un juicio estético no dice nada con respecto al objeto sobre el que se hace el juicio, sino que más bien revela mucho sobre el sujeto que pronuncia el juicio. Si alguien dice “La Mona Lisa es bella”, ¿qué revela eso de la Mona Lisa? Nada. Más bien nos dice que el sujeto que pronuncia la frase ha sido afectada de una manera particular por ese objeto y que esa afección es el placer.

En el caso de Bolívar ocurre lo mismo y es así como a la hora de evaluar alguna proposición de la retórica política venezolana, no nos referimos a la relación que esta tenga o deje de tener con algún estado de cosas en el mundo (lo cual define a una relación de verdad); sino que es evaluada en el sentido de preguntarse cuál es la relación que tiene quien profiere la proposición con Simón Bolívar. Es decir, una afirmación del tipo “Debemos dejar de vender petróleo más barato a los países caribeños” no es refutada en sí misma, sino que inmediatamente se remite a un juicio estético reflexivo del cual deducimos que la persona es (o no) bolivariana y, por lo tanto, venezolana.

## Conclusión

Así tenemos que la afirmación de Castro Leiva de que la retórica política venezolana es una retórica decimonónica es verdadera en el sentido de que por las condiciones peculiares en las que esa retórica se produce se hace imposible una retórica que atienda a los contenidos y solo se hace posible una retórica de las formas.

---

18. Antes de Kant hubo otros filósofos (como Platón o Baumgarten) quienes reflexionaron acerca del gusto y de lo bello, pero es indudablemente el intento kantiano el primero en organizar sus reflexiones en un tratado que tiene pretensiones de universalidad y completitud.

19. Immanuel Kant, *Crítica de la facultad de juzgar* (Caracas: Monte Ávila Editores, 1992), p. 121. §1.

Esto se mostró de dos maneras. **Primero** pudimos ver que el hecho de que la retórica política venezolana se fundamenta en el hecho de que el pensamiento de Bolívar es un pensamiento verdadero y al que estamos predestinados, por lo que no tiene sentido alguno pensar sobre política, sino que la retórica política se limita a alabar a quien produjo esos pensamientos, es decir, Simón Bolívar.

Segundo vimos cómo esa visión nos une afectivamente a Bolívar en tal grado y de tal manera que hace posible que reflexionemos sobre él. Al reflexionar sobre él no hacemos sino expresar nuestro amor u odio y por lo tanto convertimos cualquier juicio sobre Bolívar en un juicio estético que no dice nada sobre el objeto de estudio, sino sobre nosotros sujetos que aman u odian.

Todo esto no hace sino apoyar la posición de Luis Castro Leiva cuando afirma que la retórica política venezolana es “patética” en el sentido que está repleta de nuestro “pathos”, de nuestros sentimientos. Solo al desembarazarnos de la figura de Bolívar como generador de la única visión posible de país y entender que somos los protagonistas de nuestra propia historia, y no meros actores de un guión que fue escrito a principios del siglo XIX, podríamos desarrollar una retórica política de contenidos.

La admiración de Castro Leiva por el 23 de enero de 1958 y por el Pacto de Punto Fijo no son sino reflejo de una admiración por una gesta que se separa de Bolívar y nos convierte en hacedores de historia.

*El pasado bolivariano pertenece a su pasado; el pasado de nuestra democracia representativa pertenece al nuestro. Para nosotros, este último significó, en teoría y en la práctica, aunque críticamente, la primera y más decisiva ruptura ocurrida dentro del modelo liberal-republicano que nos ha acompañado durante ciento ochenta años de esfuerzo.<sup>20</sup>*

Dar argumentos en contra de esta visión que nos convierte en personajes de nuestra historia y que nos limita a cumplir nuestro destino o a errar no es nuestro propósito. Consideramos que ya Castro Leiva se expandió lo suficiente sobre el asunto en algunos de sus artículos y mostró con claridad lo incorrecto de esta posición además de advertirnos sobre los peligros de la misma<sup>(21)</sup>.

Nuestro propósito fue solo el de asomarnos a una de las aristas de este problema que consideramos muestra las consecuencias que ha tenido ese culto a

---

20. Luis Castro Leiva, *De la patria*, p. 13.

21. Este tema se toca especialmente en los artículos “El historicismo político bolivariano” y “El historicismo político bolivariano: una puntualización” en: *Ibidem* (Caracas: Monte Ávila Editores, 1991).

Bolívar. No podemos sino estar de acuerdo con Joaquín Gabaldón Márquez cuando en su comentario al capítulo IV del libro de Carrera Damas *El culto a Bolívar*, y que se incluye en la dedicatoria del mismo, afirma:

*¿Es que sólo existe, con legitimidad, el “discurso histórico” científico, analítico, sin emoción sin pathos? Yo creo que ambas formas de expresión conviven legítimamente.*<sup>22</sup>

Efectivamente ambas formas pueden convivir, pero cuando el “pathos” se toma atribuciones que no le corresponden, cuando el “logos” es excluido del discurso por sospechoso, y cuando “la fe razonada del sabio se confunde con la fe ignorante en una parecida emoción”<sup>23</sup> estamos a la puerta de un totalitarismo que no admite razones y que nos convierte en adoradores obligados de una religión y en sujetos en perpetua amenaza de cometer una blasfemia civil, no contra el pensamiento de Bolívar, sino contra el auto proclamado Sumo Sacerdote de turno de esta religión.

---

22. Germán Carrera Damas, *El culto a Bolívar*, p. 7.

23 *Ibidem*, p. 320.